



**VANESSA
ROMERO ROCHA**
@vannessarr



La fortuna apartó a Harfuch de la Jefatura de Gobierno y le devolvió a Claudia Sheinbaum su mejor y más leal aliado.

Harfuch: jefe de Gobierno

Ganó, y aunque ganó lo bajaron.

A pesar de aventajar con catorce puntos a Clara Brugada en noviembre del veintitrés, en la interna de Morena, Omar García Harfuch se perdió ser jefe de Gobierno. No en esta vida. No, al menos, ahora. El pretexto del género –y una interpretación a modo de las reglas– colocó a la favorita del obradorismo en la boleta por la capital.

Por segunda ocasión –lo de Juanito fue primero–, el triunfo electoral de un hombre coronó a Brugada.

Para ese entonces, cuando ya sabíamos que la oposición no tenía oportunidad en la contienda capitalina –mucho antes de que los debates sembraran dudas, avivados por el fantasma de la intermedia–, entendimos que la verdadera batalla por la ciudad se libraría dentro de Morena. Banderazo a los sombreros.

Dos razones inseparables explicaron la ofensiva.

Primero, la lucha interna. Los puros –aquellos que no han entendido que el obradorismo es colectivo y que le repugnan los filtros de admisión– sonaron el gong. Derribar a Harfuch en la local: su objetivo.

Que no militaba en el partido. Que su abuelo encarnaba al Estado represor. Que era jefe de la Policía Federal en Guerrero cuando Ayotzinapa ocurrió. Harfuch era un revólver para un movimiento que abraza. La disonancia era real.

Segundo, espantar mirones. Por aquellos días –no tan lejanos–, tres carnívoros rondaban la capital: **Ricardo Monreal**, Mario Delgado y Hugo López-Gatell ansiaban el mote de jefe.

La irrupción de Harfuch en la interna morenista fue un rugido primitivo que alineó a la manada. Cuando el eco se disipó, volvió la calma y era clara. Harfuch no sería jefe de Gobierno.

La lucha por el poder forja el acero y deforma el tiempo. Si en las futuras biografías del policía la disputa familiar apenas resaltará, en la nuestra colectiva –la nacional– la bifurcación será decisiva. El plan para desterrar al forastero se convirtió en salvavidas. Nadie sabe para quién trabaja.

¿Quién, si no Harfuch, habría ejecutado la Operación Enjambre? ¿Quién, sino él, habría dado el tiro de gracia a la política de abrazos, no balazos? ¿A quién más, si no al superpolicía, el Congreso Mexicano habría entregado la estrategia de Seguridad Pública y el Sistema Nacional de Inteligencia sin abstenciones ni votos en contra? ¿Quién, sino Harfuch, podría presidir el Consejo Nacional de Seguridad Pública en ausencia de la Presidenta?

Si bien el entusiasmo responde, en parte, al anhelo de reconstruir un cuerpo civil fuerte para desandar lo andado en el sexenio pasado, la fe en el policía claudista juega una buena parte.

Colocar en la Jefatura de Go-

bierno al hombre que redujo los homicidios en un 51% en la ciudad era –por decirlo con elegancia– un despropósito que otros tacharían de ceguera.

Nombrar a quien redujo los delitos de alto y bajo impacto en un 58% para encargarse de –importantísimas pero administrativas– gestiones al frente de la capital, era un derroche ineficiente de nuestros escasos –escasísimos– recursos técnicos.

Las más recientes reformas enviadas por Sheinbaum al Congreso –las que buscan fortalecer aún más el poder del zar de la seguridad en el registro de telefonía y concentrar las labores de investigación– solo son posibles por la altísima popularidad de Sheinbaum. Y de su policía. Binomio perfecto.

Y eso que no sabíamos que Donald Trump tenía asegurada por el destino una segunda Presidencia. Y eso que no sabíamos que los migrantes, nuestro comercio, estabilidad económica y política, dependerían de detenciones, operativos y decomisos.

Si Harfuch veía en la Jefatura de Gobierno un atajo a la Silla Grande, parece que lo ha encontrado.

La fortuna –ese atajo narrativo que evade la volición– apartó a Harfuch de la Jefatura de Gobierno y le devolvió a Claudia Sheinbaum su mejor y más leal aliado.

Secretario de Seguridad y no jefe de Gobierno: policía y no derroche.